247

# NUEVA Y CURIOSA RELACION

## DE LA

# PEREGRINA DOCTORA.

### PRIMERA PARTE.

Soberana luz brillante,
Madre del divino Vervo,
amparo de pecadores,
palma, luz, líbano y huerto:
dad á mi pluma la gracia,
que si la logro pretendo
contar un caso admirable
de los muchos que habeis hecho.
En la ciudad de Lisboa,
y en su lusitano pueblo
vivia un gran potentado,
tan noble y tan caballero,
que general de las tropas
lo hizo su rey don Pedro:
le llaman don Alejandro
de Figueroa y Sarmiento.
Este tal era casado
(¡con qué pena lo refiero!
¡con qué pesares lo digo!
y con qué dolor lo siento!)
con una preciosa dama,
con un peregrino objeto,
con la muger mas hermosa
que habia en todo aquel reino,
tan discreta y tan bizarra
que si á Venus eligieron

por diosa de la hermosura,
dando la manzana en premio,
en doña Inés con mas gracia
se hallan Palas Juno y Venus.
Se llama aquesta señora
doña Inés Portocarrero,
su esposo don Alejandro,
que adora sus pensamientos,
la tierra que pisa, besa,
y de continuo en su pecho
la idolatra retratada,
que es su mayor consuelo.
Este tal tiene un hermano
dentro en su palacio mismo,
que le llaman Federico,
liviano, altivo y soberbio;
aqueste se queda en casa
para despachar los pliegos
cuando el hermano salia
á cumplir con sus empleos;
siendo pirata de esclavos
y verdugo de los negros,
enfado de las doncellas
que le estaban asistiendo,
porque á todos les servia
de muy gravísimo peso,
que lo que pasa en palacio
en todo se está metiendo.
Este tal se enamoró,
con mal nacidos intentos,
de la muger de su hermano,
doña Inés Portocarrero;
anda triste y desvalido,
sin color y amarillento,
hasta las aves le enfadan
cuando vuelan por el viento.
En fin se, determinó
cierto dia en unos versos,
que su esposo la escribió
echando un papel enmedio,
darla parte de su amor
con infernales intentos.

Tomó doña Inés la carta
con alegria y contento,
por ser de don Alejandro,
su consorte y compañero.
Estándola repasando
reparando en aquel pliego
que estaba muy poco hollado
y escrito de poco tiempo
rompió la nema, y al punto
que ha comenzado á leerlo,
en su presencia lo arroja
hecho pedazos, al viento.
Detente, muger heróica,
guarda el papel en tu pecho
que podrá ser que te sirva
algun dia de provecho;
mas en fin, ya lo rompió,
¡qué lastima! no hay remedio.
Mas viendo don Federico
el desaire que le ha hecho,
colérico y enojado
brota por los ojos fuego.
Mas ella disimulaba,
y á solas está diciendo:
¿quien ha de guardar mi honor
quiere ofender mi respeto?
Mire por sí, Federico,
y respétese á sí mismo,
supuesto que dos hermanos
son dos almas en un cuerpo.
No le quiso decir mas;
él se metió en su aposento,
maldiciendo su fortuna,
jura por los altos Cielos,
que á pesar de todo el mundo
ha de lograr sus intentos.
Miró doña Inés un dia
á don Federico atento,
y le vió de que traia
el rostro muy descompuesto,
y que le estaba brotando
la ponzoña y el veneno;

mas ella como discreta,
entre sí estaba diciendo:
aqueste quiere intentar
un villano atrevimiento,
mas antes que lo ejecute
yo quiero poner remedio.
Mandó al punto que viniesen
albañiles y arquitectos,
y que en medio del jardin
hiciesen de jaspe negro
unas bóbedas curiosas,
pintadas con azulejos,
cuanto cupiese una cama,
mesa, silla é instrumento;
y que á la puerta le pongas
unas barretas de hierro,
cuanto se pueda por ellas
meter el mantenimiento,
con su golpe como cárcel,
el pestillo fuerte y recio.
En breve tiempo se hizo,
que en donde sobra el dinero,
muy presto se facilita
por largo que sea el tiempo.
De que estuvo aderezada
con su cama y lucimiento,
llamando á don Federico
doña Inés Portocarrero,
le dice: hermano mio,
porque muy triste te veo,
quiero llevarte al jardin
á ver los árboles bellos,
verás una arquitectura
hecha por un buen maestro,
para en viniendo mi esposo
que salga á tomar el fresco.
De que oyó estas razones,
se alegró en grande estremo,
que entendió ya que la rosa
se iba convirtiendo en celos.
Se fueron hácia el jardin,
viendo aquel casino ameno,



con la cama tan curiosa,
le dió el corazon un vuelco,
diciendo: aquesta es mi suerte,
hoy se logran los deseos;
mas díjole doña Inés
con engañosos intentos:
entre usted don Federico,
toque usted ese instrumento
mientras yo cojo unas flores
de las mejores del huerto.
Hizo lo que le mandó,
y apenas le vió adentro,
cuando tirando la puerta
con tan varonil esfuerzo,
que quedando el golpe echado
quedó Federico preso;
diciéndole: aqui se pagan
malicias y atrevimientos.
De que oyó aquestas razones,
tiró al suelo el instrumento,
escarba, bufa y patea,
parece un leon sangriento,
jura que se ha de vengar
á pesar del mundo entero.
(Si el papel no hubiera roto
no se viera en este espejo.)
Ella se fué á su retrete,
dejándolo en cautiverio.
Cuando vienen á palacio
visitas de caballeros
de señoras principales,
de sus parientes y deudos,
cuando preguntan por él
dice doña Inés á tiempo,
que le ha dado un accidente
y un frenesí descompuesto,
que allí lo tiene metido
para tenerlo sujeto,
que los regalos del mundo
de sobra los tiene dentro.
Desde entonces doña Inés,
despachó todos los pliegos

diciendo que está su hermano
melancólico y enfermo.
De allí á seis meses se supo
en la córte por muy cierto,
como el campo se levanta,
conviniéndose los reyes
en dar treguas á la guerra,
y que prospero y contento
viene ya don Alejandro
echando plumas al viento.
Doña Inés á Federico
le llevó un vestido nuevo,
un caballo enjaezado,
la peluca y el sombrero,
un maestro que lo afeite
y que montase ligero,
y le sale á recibir
con ambos brazos abiertos,
sin darse por entendido
del intentado suceso,
que lo que ha hecho con él
él debia agradecerlo.
Con esto abrióle la puerta
aunque con algun recelo;
y él no se quiso vestir,
que con el ropaje mesmo,
y sin afeitarse monta
en el andaluz soberbio.
El hermano que lo vió
tan abominable y feo,
le pregunta: hermano mio,
cómo vienes tan horrendo?
¿qué pesares te molestan?
¿qué disfraces son aquestos?
Entonces le respondió
de esta manera diciendo:
tu esposa tiene la culpa
de verme como me veo,
porque no hice su gusto;
que descansando en mi lecho,
una noche me insistió
echándome mil requiebros,
pero yo la respondí,
dándola buenos consejos,
y por aquesta ocasion
me ha estado dando tormentos
y me ha tenido hasta ahora
en triste recinto preso.
Don Alejandro que escucha
tan terrible atrevimiento,
como un marmol se quedó
un largo rato suspenso,
que quisiera que el abismo
le sepultára en su centro;
y entrando por el palacio
le salio al recibimiento
aquella blanca azucena,
aquella joya sin precio,
á recibirlo en sus brazos
del alma, y él con despego
la pegó una bofetada
con injuria de los Cielos;
y por no ver su hermosura
mandó que cuatro monteros,
que son hombres de mal alma,
la llevasen á un desierto,
y que la saquen los ojos
y el corazon de su centro,
que en un paño se lo traigan
para quedar satisfecho.
¡Qué laslima! ¡qué dolor!
¡qué pena! ¡qué sentimiento!
¡oh qué injusticia, qué agravio!
¡qué castigo sin deberlo!
Salen una noche triste,
amparados del silencio
aquellos facinerosos,
y antes que rompiera Febo
en un monte se hallaron
tan encumbrado y espeso
que aquel dorado planeta
que vive en el cuarto cielo
no ha podido con sus rayos
descubrirle sus cimientos.



Estando en aqueste sitio
arrimados á un gran fresno,
antes de darla la muerte
se disputaron primero
aquella prenda del Orbe,
aquella joya sin precio.
Arman tan cruel batalla
sobre el que ha de ser primero,
que los cuatro parecian
unos lobos carniceros;
pero la Vírgen María
los aires bajó rompiendo
con su hijo de la mano,
sacro Niño y Rey inmenso,
la dice: devota mia,
libre estás, no tengas miedo,
que yo vendré á visitarte,
aunque yo nunca te dejo;
un leon te ha de traer
proporcionado alimento,
y aqueste te ha de guardar,
que estés velando ó durmiendo.
La Vírgen y el bello Niño
luego desaparecieron,
quedándose doña Inés
confusa en su pensamiento,
por saber de que un leon
la ha de dar el alimento.
Y en la segunda parte
dará Juan Miguel del Fuego
á todo oyente gusto
del suceso verdadero.

## SEGUNDA PARTE.

Vamos ahora á los cuatro
que se quedaron riñendo,
que entre los tres dieron muerte
al que era mayoral de ellos,
y los otros que se hallaron
la jáula sin el gilguero,
la buscaron por el monte
como caballo sin freno;
mas viendo que no la hallan
hicieron este concepto:
¡muy bien habemos quedado!
¿qué buena cuenta daremos
allá de nuestras personas
del encargo que traemos?
Lo que podemos hacer
con este difunto cuerpo,
será sacarle los ojos,
el corazon, y en un lienzo
se lo podemos llevar,
y cumpliremos con esto:
en breve lo ejecutaron,
que fué diciendo y haciendo.
Dan la vuelta á palacio,
y entregan en el pañuelo
el corazon y los ojos,
y don Alejandro atento,
con cuidado preguntó
por el otro compañero;
todos juntos á una voz
estas palabras dijeron:
tambien se quedó en el monte,
porque quiso muy soberbio
profanar á doña Inés,
y lo matamos por eso,
y en el monte se quedó
por andar tan descompuesto.
Volvamos á doña Inés,
que estando tomando el fresco
sentada junto á una fuente,
volviendo el rostro sereno,
vió que venia el leon
tan galan, tan halagüeño,
tan hermoso, tan bizarro,
que daba contento el verlo,
y que en la boca traia
un canastillo pequeño

Hecho con dos mil primores,
todo de viandas lleno.
Hízola una cortesia
y lamiéndola los dedos,
le entregó el canastillo
á su señora y su dueño;
y á la puerta de la cueva,
paseándose y rugiendo,
anda haciendo centinela,
guardándola muy atento.
Al otro dia siguiente
volvia á hacer lo mismo:
pasaban todos los dias
las cosas que aquí refiero.
Vamos á don Federico,
que preguntó á los monteros
si es verdad que la mataron:
que les guardará el secreto,
y que tambien les dará
gran cantidad de dinero.
Todos dijeron que no,
y contaron el suceso,
como se quedó en el monte
sin agraviarla en un pelo.
Don Federico responde:
en el alma lo agradezco;
todos juntos hemos de ir
á buscarla muy de cierto,
antes hoy que mañana;
y á mi hermano le diremos
que á una grande monteria
voy con otros caballeros.
Salen del palacio y llegan
al montañoso Pirineo,
á aquel encumbrado risco,
peñas y montes subiendo;
mas quiso su mala suerte
que con la bóbeda dieron
donde doña Inés estaba
para perdicion de ellos,
que el leon de que los vió,
muy enojado y sangriento,
á los tres despedazó
en menos que dura un credo
rezado en latin, y el otro
aunque vivo casi muerto;
mas doña Inés lo libró,
que hiciera con él lo mismo,
y lo conoció al momento:
porque era don Federico
do cupo en su sangre noble
aquel refran verdadero,
porque ella la mala obra
la pagó con buen estremo.
Dá la vuelta á palacio
con mentiras y embelecos,
diciendo que un jabalí
le mató los compañeros,
y que él con cinco heridas
se subió encima de un cerro,
y que de alli escapó
de aquel mónstruo soberbio.
En el dia señalado
de la Encarnacion del Verbo,
se apareció á doña Inés
la Vírgen de los Remedios,
alegrando plantas, flores,
riscos, montes y desiertos,
diciéndola: Dios te guarde
hija, ya llegó el tiempo
de que dejes este sitio
y te vayas á tu pueblo,
curarás á tu esposo,
que dias ha que está enfermo,
y tambien á tu cuñado
que las heridas vertiendo
todavia le echan sangre,
y perdónale los yerros.
El leon que te ha traido
el cotidiano alimento,
ha sido por mí mandado,
que asi pago cuando quiero,
perseverando á mis devoto
de este y semejantes riesgos.



Con esto la dió la Vírgen
un vasito muy pequeño
lleno de bálsamo heróico,
como bajado del cielo;
quedándose doña Inés
metida en un pasagero
camino, que va á Lisboa,
con su báculo y sombrero,
y peregrinando llega
á la ciudad en breve tiempo,
á donde en ella curó
muy grande copia de enfermos;
sin que el bálsamo precioso
se menoscabára un pelo.
Toda la ciudad se admira
de la peregrina, viendo
los enfermos que curaba
tan consumidos y secos,
y luego los veian sanos
dentro de muy breve tiempo.
Va la nueva al general
don Alejandro Sarmiento,
que estaba ya desauciado
de los libros de Galeno,
[illegible] juntamente su hermano.
[illegible] instante previnieron
[illegible] coche con cuatro mulas,
[illegible]en por la ciudad ciegos,
buscando la peregrina
preguntando á todo el pueblo,
vinieron á dar con ella
en un dichoso convento
de las monjitas descalzas,
que estaba con santo celo
curando á las religiosas
de tabardillos molestos.
Entre dos comendadores
en el coche la metieron;
dan la vuelta á palacio,
y visitando al enfermo,
tomándole el pulso dice:
diga, señor caballero,
¿de qué pende esa dolencia?
él dice: de sentimiento,
y de un gran dolor contínuo,
que desecharlo lo puedo.
Entonces ella responde:
no es mucho ese sentimiento,
ni aquese dolor es tanto
pues que de él no ha muerto.
Apenas le echó en los labios
aquel bálsamo supremo,
se levantó dando gracias
al divino Padre Eterno.
Queriendo tomar la puerta,
la atajaron los vuelos:
diciendo: señora, detenga,
que hay que curar otro enfermo.
Entonces ella responde:
por mi vida que no puedo
detenerme ni un instante,
ni á curarlo me atrevo,
si en público no confiesa
todas sus culpas y yerros.
Dijo el enfermo que sí,
que estaba ya casi muerto,
y le huelen las heridas
como trescientos mil perros.
Mandó juntarse la gente
de sus parientes y deudos,
hasta los mismos criad[illegible]
que en palacio están [illegible]endo:
á todos pido perdon,
pero á mi hermano primero.
El hermano le perdona
en aquel mismo momento.
Hermano y señor, tu esposa
era una joya sin precio,
era una arca de esmeraldas,
ejemplo de los ejemplos,
dechado de las mugeres,
y espejo de los espejos.
Y yo tan vil criatura
quise ofender su respeto,

y por querer ofenderla
me tuvo seis meses preso;
y yo por vengarme de ella
la levanté el falso enredo.
Don Alejandro que escucha,
echó mano al fuerte acero,
diciéndole: vil hermano,
atrevido y desatento,
por haberte perdonado
en tu sangre no me vengo.
Entonces la peregrina
le fue untando con los dedos
las heridas, y al instante
se levantó tan bueno,
Grande copia de doblones,
que pasaban de trescientos,
la dan á la peregrina,
y ella haciendo menosprecio,
dice: guarde las monedas,
quiten allá ese dinero,
que quizás les hará falta
para sustentar los negros;
mas con cuidado miraba
don Alejandro atento
el rostro á la peregrina,
y el traslado de su pecho
viendo que era todo uno,
se abrasó en vivos incedios,
la dice: señora mia,
¿de qué patria ó de qué reino
es usted, aunque perdone?
Ella con suaves ecos
le responde: señor mio,
yo soy de todos los reinos,
vecina de todo el mundo,
y á mí me llaman por eso
la peregrina doctora,
sin interés del dinero,
la que curó á su marido
y á su enemigo protervo.
Entonces don Alejandro
la dió un abrazo muy tierno,
reconoció que es su esposa
aquel hermoso portento.
Toda la ciudad se admira,
la gran maravilla viendo,
de puro contento lloran,
y parece un jubileo
de damas y de galanes
y parientes que acudieron,
que en el palacio no caben,
sabiendo aqueste suceso.
En la ciudad de Lisboa
hacen fiestas y torneos,
toros y juegos de cañas,
comedias y pasatiempos.
A don Federico casan
con otro retrato mesmo,
hermana de doña Inés,
doña Elvira de San Diego,
quedando don Alejandro
próspero, alegre y contento
con su esposa doña Inés,
rosa, clavelina, espejo,
peregrina montañesa,
la que estuvo en el desierto,
la que libró á su enemigo
de manos del leon fiero.
Con esto acaba la historia
ó aqueste breve compendio,
de la muger mas heróica
que se ha visto en tales riesgos.
Y la Vírgen nuestra Madre
la libró de los perversos,
cubriéndola con su manto,
poniendo al demonio freno,
que siendo devota suya
la libró del desconsuelo.

FIN

*Madrid: 1849.—Imprenta de J. Marés, calle de Relatores, núm. 17.*